



**UNIVERSIDAD
ACADEMIA**
DE HUMANISMO CRISTIANO

Artículos

Algunos malestares
epistemológicos en
CHS: Notas para
una investigación
transversal

Alexander Dorna

RESUMEN

EL PRESENTE ARTICULO RETOMA LA DISCUSIÓN Y PROBLEMATIZACIÓN ACERCA DE LAS METODOLOGÍAS EN LAS CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS. ESTA VEZ SE PROFUNDIZA EN LO QUE EL AUTOR LLAMA EL MALESTAR EPISTEMOLÓGICO ASOCIADO A LA PROLIFERACIÓN DE LAS MICRO-TEORÍAS, DETENIÉNDOSE EN ALGUNAS DISCIPLINAS, TAL VEZ, LAS MÁS REPRESENTATIVAS DE LAS CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS.

PALABRAS CLAVES: METODOLOGÍA, MICROTEORÍAS, CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

ABSTRACT

THE PRESENT ARTICLE REASUMES THE DISCUSSION AND PROBLEMATIZATION OF METHODOLOGIES IN THE SOCIAL AND HUMAN SCIENCES. THE ISSUE REFERS TO WHAT THE AUTHOR CALLS AN EPISTEMOLOGICAL MALAISE ASSOCIATED WITH THE PROLIFERATION OF MICRO-THEORIES, PAUSING TO ANALYZE SOME OF THE DISCIPLINES, MAYBE THE MOST REPRESENTATIVE ONES IN SOCIAL AND HUMAN SCIENCES.

KEY WORDS: METHODOLOGY, MICROTHEORIES, SOCIAL AND HUMAN SCIENCES

Algunos malestares epistemológicos en CHS: Notas para una investigación transversal¹

Alexander Dorna²

“Hay momentos en la vida donde la cuestión de saber si podemos pensar de otra manera a cómo lo hacemos y percibir de otra forma de la que lo hacemos es indispensable para seguir mirando o reflexionando.”

M. Foucault (2001)

La investigación en ciencias humanas y sociales (CHS) se estanca bajo la presión de una cierta visión ortodoxa –casi dogmática– de la ciencia. La insatisfacción, a falta de debate epistemológico abierto, es profunda para todos aquellos que tratan de escapar a la rutina y al statu-quo impuesto por una de las leyes implícitas de la torpeza institucional.

Asegúrese: ahí adentro no hay nada verdaderamente rupturista ni verdaderamente nuevo, pero sí eso es obvio, nadie duda que a fuerza de callarse, el espíritu crítico, en otros tiempos ampliamente

1 N.T: Este artículo lleva como título original : “Quelques maux épistémologiques en SHS (Notes pour une recherche transversale) y fue traducido libremente al español por Ana María Álvarez Rojas. La versión final del texto no fue revisada por su autor, sin embargo, autorizó su publicación en esta revista. Agradezco una vez más la colaboración de Romina Abad, estudiante de tercer año de la Carrera de Trabajo Social de la UCSH, por su colaboración en la realización de esta traducción.

2 A. Dorna. Psicólogo. Profesor de Psicología Social y Psicología Política Universidad de Caen. Francia.
E-mail: a.dorna@free.fr

celebrado por los partidarios del pensamiento científico, se rebaje y se reblandezca.

Por ello nos parece útil describir algunos males-tares epistemológicos asociados a la proliferación de las "micro-teorías" y a una "ciencia normal" rutinaria, sin pasión ni reflexión heurística alternativa. Por supuesto, no se trata aquí de retomar en toda su amplitud un debate que está lejos de elevar el entusiasmo de los propios actores, sino más bien de esbozar la rehabilitación de ciertos razonamientos epistemológicos algo olvidados.

Digamos, en primer lugar, que las CSH atraviesan una muy extraña coyuntura: la enorme cantidad de datos empíricos impide examinar la pertinencia de los conocimientos que ellos aportan. Curiosamente, al mismo tiempo, algunos colegas de las ciencias "duras" comienzan a comprender el significado paradójico de una curiosa sentencia de Heidegger: "la ciencia no piensa".

Agreguemos, prudentemente, que la ciencia se mira desde hace algún tiempo en el *vidrio de un espejo trizado*, sobre el cual las imágenes de una investigación en CSH no son más que pedazos fragmentados, dislocados y dañados, reflejo de una crisis cultural de la humanidad, que amenaza volverla "perecible, mortal y fugaz" (Arendt 1972).

El impasse epistemológico de las ciencias naturales y de las ciencias humanas: el síndrome de las "micro-teorías"

Nadie ignora que la introducción del paradigma de las ciencias "naturales" al conjunto de las antiguas "humanidades" fue la respuesta de los modernos a dos cuestiones políticas: cómo pensar y cómo fundar una sociedad racional de individuos libres y felices por oposición al oscurantismo de la metafísica teológica, después de la larga "noche" del pensamiento de la Edad Media. Ciertamente, esta opinión contestada por algunos

historiadores, pero fuertemente sostenida por las "fuerzas del progreso", terminará por imponerse, a fin de justificar una visión científica, cuya neutralidad está garantizada por un método objetivo incontestable: la experimentación.

Ahora el problema es doble: hay una cuestión de método, pero también de objeto. En relación al uno y al otro, los resultados están lejos de la síntesis luminosa esperada y propuesta por los partidarios de una aproximación científica "explicativa". Es la cuestión planteada por Snow (1968) cuando constatando el abismo que separa progresivamente el pensamiento científico del pensamiento de las CSH, advierte que la aproximación científica no logró solucionar las preguntas planteadas por las "humanidades" de manera satisfactoria. Pero hay algo todavía peor: el dominio de las ciencias naturales sobre las ciencias humanas tuvo efectos perversos en el desarrollo y la producción de los conocimientos en CSH.

Tal fascinación por la ciencia se traduce *incluso en la literatura del siglo XIX, con la tentación de Balzac, después de Zola, de pintar frescos naturalistas sobre el modelo prescrito para la ciencia*. No hay ahí una simple confusión de géneros, sino la consecuencia de una manera ideológica de resolver "objetivamente" la cuestión del hombre.

Es la fuerza de la visión de la "inter-ciencia", que aspira a fundar todos los conocimientos en un modelo único. Las ciencias del hombre fueron, primero, conquistadas por el proyecto, luego, progresivamente las ciencias humanas y sociales. Entonces, un comentario del sociólogo *Lepenies (1990) sobre las "tres" culturas, reenvía a una constatación "irónica": las "ciencias" en su conjunto no son otra cosa que discursos*. Hay, sí, discursos bien escritos y bien contruidos, pero otros que no lo están. La literatura y la ciencia situándose en el primer caso y las CSH en el segundo, éstas serían, en consecuencia, mala literatura y mala ciencia.

Por otra parte, en nuestros días, la emergencia de una miríada de “micro-teorías” resultantes de experiencias de laboratorio, o de tratamientos estadísticos, provoca un estrechamiento de las perspectivas, un desmenuzamiento de los conocimientos y una esclerosis de las visiones globales. La muerte de las ideologías instaló la grisalla³ del pensamiento único y un notable pragmatismo de dominio tecnocrático comprendiendo también el campo de las ideas y de la ciencia. El pensamiento de las humanidades es arrancado de su morada para quedar a campo traviesa. La investigación científica ha producido “investigadores topos”: hábiles para deambular en las galerías subterráneas de las formalizaciones lógico-matemáticas, pero ineptos (por miopía) al realizar las tareas principales que los modernos habían propuesto a las CSH: liberar los procesos sociales y políticos de las “ideologías”, comprender y predecir el comportamiento de los hombres, tratar los hechos humanos como hechos naturales. Sin embargo, las CSH se transformaron en construcciones tecnicistas destinadas a crear una “ingeniería social” y dispositivos de evaluación de los comportamientos. Curiosamente, su “operacionalidad” no sobrepasa las puertas de los laboratorios, para crear, fuera de los argumentos de justificación, medidas sociales, incluso políticas. Hay ahí, evidentemente un serio problema, pues ni el debate ni la síntesis han permitido diagnosticar y corregir los errores, que se apoyan sobre un desprecio epistemológico. Ciertamente, no es cuestión de botar “la guagua con el agua del baño”: la racionalidad de la lógica y la objetividad de la prueba científica permanecen criterios útiles e indispensables. Pero estos criterios no son la única manera de volver posibles los acuerdos y la comunicación.

Es importante recordar que el experto “científico” en CSH, a pesar de sus esfuerzos por manipular la metodología de las ciencias naturales, no se encuentra delante de la misma “naturaleza”, es decir un mundo mudo y objetivamente permanente (Latour 1991), pues, en lo humano, hay un “mun-

do” humano que se expresa en movimiento y en permanencia. Es en esto que las CSH devinieron más cientistas que los científicos, con las nefastas consecuencias que conocemos, sin nunca hablar claramente de ello. ¿Es necesario insistir sobre la ingenuidad de creer que la técnica es un simple medio neutro para lograr nobles objetivos?

He ahí porque (nos) parece necesario y pertinente replantear -sin vergüenza ni culpabilidad- la pregunta de la compatibilidad “metodológica” entre el mundo natural y el mundo humano, entre los métodos resultantes del estudio de la naturaleza y los métodos más apropiados al estudio de lo humano. Ciertamente, eso nos lleva a la caldera del conocimiento en la cosmogonía occidental de antes de la bifurcación de los caminos del arte y de la ciencia. Y, posteriormente, al análisis de las consecuencias de la ruptura epistemológica introducida por el método experimental como sola fuente fiable de verdad de los hechos naturales y humanos.

El archipiélago micro-teórico de la investigación en CSH

En la lógica de A. Comte está la “metafísica” por un lado y la ciencia por el otro. Nueva versión más radicalizada de la postura cartesiana de la separación del espíritu de la subjetividad, de la razón y de la emoción. Sus discípulos concluyen en el divorcio entre el intelecto y los sentimientos, a pesar de la sorprendente conversión del maestro al final de su vida. Así, la emergencia de las ciencias sociales en el principio del siglo XX se hace en el medio de una persecución a la metafísica y a las “ideologías especulativas”: se trata de demarcarse de las ciencias humanas (“literatura filosófica”) por las mismas razones. La disputa de las palabras se constituyó en fundadora de una nueva división epistémica, según la terminología de Windelband: por un lado, las ciencias “nomotéticas” (universales) que buscaban leyes generales y relaciones cuantitativas y, por otro lado, las ciencias “ideo-gráficas” (particulares) que no visualizaban el

3 N.T: Género de pintura que imita la escultura y en que solo se emplean tonos grises.

“descubrimiento” de leyes, sino el análisis del caso particular. Ciertamente, la rigidez de esta bipolaridad no ha hecho más que introducir una jerarquía abstracta de los métodos, como testimonio la polémica en torno a la célebre encuesta de Thomas y Znaniecki (1998) y del valor de los métodos de análisis de los documentos personales y biográficos. También, los viejos conflictos entre “holistas” e “individualistas” y “cuantitativistas” y “cualitativistas”, no han parado de alimentar las peleas, y sobre todo, desarrollar nuevos dilemas de poder universitario. Después de la Segunda Guerra Mundial, bajo la influencia de las “ciencias sociales” norteamericanas, el babel cuantitativo y experimental se impuso progresivamente como equivalencia de la buena ciencia moderna. Esta tendencia sería sacralizada por el establishment académico y las autoridades políticas. Las CSH se autorizan a analizar al hombre como un ente desprovisto de memoria y de cultura, de trascendencia y de espiritualidad, de afectividad y de historicidad. La visión comprensiva y global es anulada por las reglas de la formalización y por la matematización de modelos sofisticados y autosuficientes, por la exacerbación de la especialización, la reproducción de las “micro-teorías”, la retórica de los protocolos de experiencia y la multiplicación de los documentos estadísticos.

En suma, la investigación en CSH se transforma en un archipiélago de “pequeños mundos contruidos”, a falta de paradigma unificador (macro-teorías), con una cohorte de “pequeñas-reglas-leyes”, además, normativas. La ciencia experimental no escapa a su propia ideología analítica ni a sus propios tropismos. Las hipótesis se multiplican sin cesar, engendran otras y así sucesivamente. Por otro lado, el crecimiento exponencial de manipulación de datos, introduce una masa enorme de datos y una acumulación muy grande de información global que hacen impracticable el tratamiento de conjunto. De ahí una lenta y perseverante pérdida de sentido, lo que explica el aumento creciente de la incomunicabilidad interdisciplinaria a falta de teorías de paso. Si bien es fácil comprender las derivas

de estos “tapones” epistemológicos, explicarlos “científicamente” supone un cambio de óptica. Recordemos que la ciencia evocaba un paradigma teórico, sobre la base de leyes comunes de las que Galileo resume el carácter abstracto y frío: “la naturaleza no es sensible”. Al principio, la investigación experimental cumple una función integrativa: los conocimientos particulares debían ponerse al servicio del desarrollo de leyes generales. Pues, si esto permanece (con excepciones) una constante para la ciencia “dura”, progresivamente y de manera insidiosa, en las CSH, por pequeños toques, la vocación del sabio se ha transfigurado negativamente por un trabajo de fabricación de la investigación en cadena. Las CSH se han plegado sutilmente a las reglas empresariales del rendimiento y de la cuantificación y a la ilusión de la productividad en que el leitmotiv permanece: evaluar cuantitativamente para controlar mejor. Y si la evaluación cuantitativa es (aún) útil en el sentido de las ciencias “duras”, en CSH una pretensión tal se transforma en una retórica de auto-satisfacción casi grotesca. El drama humano y la tragedia social están desprovistos de su historicidad y de su vivencia, tanto como la pertinencia del colectivo es rechazado en favor de complejidad individual y narcisista. Los grandes temas globales (sociedad, autoridad, cambio, Estado, gobierno, humanidad) son objetivizados y cuantificados bajo formas estadísticas deviniendo así objetos abstractos atomizados y miniaturizados; y sobre todo, sin visión de conjunto capaz de integrarlos en una síntesis comprensible y públicamente comunicable.

El colmo de la paradoja: hoy día, son los pensadores de las “ciencias duras” ellos mismos (Feyerabend o Lévy-Leblond) que denuncian la parálisis de las teorías generales e interrogan al fetichismo metodológico. Paradoja que roza la ruptura y anima el cuestionamiento del mal entendido en el seno de las CSH. De impasse en impasse uno termina por rendirse a la evidencia: es por el agotamiento de los grandes paradigmas unitarios, por una parte, y la fragmentación en disciplinas autosuficientes por otra, que la ciencia dejó de ser un pensamiento (ideológico) crítico

para transformarse en cuerpos de doctrina, en verdades reveladas y en templos sin alma.

Seamos claros, a fin de evitar otro mal entendido y de dar al César lo que es del César: la ciencia no está en cuestionamiento, no hay lugar para un argumento sobre un retorno a la metafísica especulativa ni a alguna ideología en el sentido restringido del término. En cambio, lo que plantea problemas es el abandono progresivo del principio de pluralidad de los métodos y de la utilidad social de la aproximación científica, incluso, las derivas tecnológicas que corrompen y vuelven vanidosos los discursos científicos en CSH. Incluso la peligrosa presencia de una ortodoxia –verdadero mito del descubrimiento científico- que impone una vía única para llegar al conocimiento. Explicar se superpone a comprender. Es la victoria de la tendencia a la matematización de las ciencias aplicadas a las disciplinas humanas.

Caillé (1993), juzgando severamente la “dimisión de los clérigos”, llega a conclusiones parecidas cuando escribe: “...encerrándose en una clausura auto referencial, las disciplinas paran de dirigirse las unas a las otras y, más todavía, al gran público, por no interesarles nada más que sus especialistas, mientras que por la permutación de roles ellas vuelven problemática la construcción de una tradición de pensamiento susceptible de producir conocimientos acumulativos.”

¿Cómo llegamos a eso? Es probablemente la masificación de la Universidad, pero más ciertamente, la instalación de ciertas condiciones organizacionales burocráticas de trabajo universitario que han introducido la voluntad de coherencia y de rentabilidad en la producción del saber. Así, igualmente, el autoritarismo y el liberalismo, posturas epistemológicas que se transformaron en posturas dominantes en la sociedad moderna, y de rebote, productoras de formas institucionales de la ciencia oficial. Es la pérdida del pluralismo epistemológico y la exacerbación de una postura metodológica rígida, cuya consecuencia es el abandono del espíritu crítico. Es la voluntad política de los

tecnócratas de poner a la ciencia al nivel de la técnica y la actitud obsesiva de los investigadores de hacer de la metodología experimental, cuantitativa sobre todo, un horizonte no superable del conocimiento. La introducción de la competencia (bajo las leyes del mercado) para “motivar” la producción científica imponiendo una parcelación del trabajo intelectual. Los efectos perversos son hoy día visibles: la fragmentación del conocimiento se transforma en algo estructural y burocrático, mientras que los procesos de alienación del pensamiento desembocan sobre la esterilización de las CSH, particularmente en psicología, sociología, ciencias políticas, derecho e historia.

Malestar general entonces. He aquí algunos elementos.

El malestar en la psicología

La psicología (en términos generales) es probablemente la disciplina en CSH que sufre más del dominio del método de las ciencias naturales. Es el resultado en Francia del esfuerzo conjunto y sostenido de Robot, Janet, Piéron, Lagache, Friase y de muchos otros que han arrancado la psicología del dominio de las “humanidades” para aprovechar el enfoque experimental según los preceptos de Claude Bernard y los relevos de la psicofisiología, y luego del behaviorismo. En sucesivas ocasiones, la psicología ha sido absorbida por los modelos biológicos. Más tarde, el voluntarismo de algunos, y la debilidad teórica de otros, llevaron a un aggiornamento de las “ciencias cognitivas” (vieja filosofía del espíritu), cuestionando la psicología del comportamiento, bajo la presión de las disciplinas vecinas (lingüística, psicoanálisis y neurofisiología) para reducirla a una neuropsicología. Esto provocó la ruptura de una disciplina en varias psicologías centrífugas bajo el peso de un programa que visualizaba su tecnologización. Verdadero secreto de polichinela, cuya parte visible es el síndrome de las “micro-teorías”.

¿Exageración, diríamos? Ciertamente no. El gusano está en el fruto, y lo devora lentamente. E. Jalley (2004), psicólogo experimental, hace una

descripción decapante y detallada de la crisis y de las disfunciones de la práctica universitaria de la psicología científica.

El malestar en sociología

Hasta una época relativamente reciente, la sociología era el buque insignia de las CSH, ella se encuentra hoy día en la cruzada de una sorprendente reconversión temática. Muchos universitarios tienen al respecto severas opiniones. Así, el filósofo y sociólogo Freitag (1990) escribe: “la sociología se presenta cada vez más como una disciplina reventada, desgarrada entre múltiples escuelas y corrientes de pensamiento. La perspectiva de una unificación paradigmática aparece cada vez más lejana con el progreso de la globalización y la disolución de la idea misma de sociedad.” (...) Y se interroga: “¿Cuáles son ahora las perspectivas de una teoría sociológica general en la medida que esta pregunta compromete la identidad misma de nuestra disciplina?”

¿Constatación valiente? Probablemente, pues hay ahí un viraje epistémico en algunos sociólogos. En dos palabras: la sociedad se borra en beneficio de un regreso al sujeto y a la emoción, la subjetividad y a la cognición. Los piquetes son planteados progresivamente, desde la pérdida de la influencia del marxismo. Touraine (1984), pronunciándose sobre la actualización del sujeto, llega a poner en duda la pertinencia de su propia disciplina madre: la sociología. Pues afirma que: “... la noción de sociedad debe ser eliminada del análisis de la vida social” (sic). Y agrega: “la crisis de la sociología se relaciona con esta definición”. (...) Así, más lejos: “el tiempo de las emociones, en el sentido psicológico con el sentido histórico antiguo de esta palabra, ha vuelto”. (...) “es necesario que rompamos con el objetivismo al cual nos habíamos acostumbrado tanto”. (...) “hoy día opera el paso de una imagen cosmocéntrica a una imagen antropocéntrica de la vida social”. (...) y finalmente, no sin ambigüedad, Touraine escribe: “esta ruptura con la sociología clásica no es posible más que si nosotros dejamos de identificar el actor a sus obras, el sujeto a la historia, si

abandonamos las visiones épicas de las cuales se fundaron las ideologías políticas que nos asfixian, para adoptar una posición más romántica, para reencontrar al actor en su prisión o en su soledad más que en el triunfo de sus obras”.

Estos propósitos de Touraine no son reflexiones aisladas, algunos de sus discípulos (Dubet y Martuccelli 1998) van más lejos al plantear la cuestión de la reconversión de la disciplina en una psicología del individuo social. El camino está marcado para otros. Esto ameritaría, ciertamente, que nos detuviésemos sobre el texto, pero nos alejaría de nuestro propósito.

Hay ahí un sorprendente giro. En cierta medida, ello retoma, pero sin decirlo, tesis antiguas esbozadas por Moonnerot (1946), cuando afirmaba: “no hay sociedad, hay estados vividos de sociedad” (p. 74). Pero hay todavía más, pues las grandes temáticas de ayer (el Estado, la ideología, el trabajo, las religiones, la política, etc.) se hicieron a un lado para dejar su lugar a las encuestas cuantitativas sobre “micro-objetos” de investigación: la intimidación, las mujeres, el desempleo, la violencia, las prácticas urbanas y rurales, la violencia, las parejas mixtas, la familia (niños maltratados, nuera, suegra), la salud, las prisiones, las drogas, la prostitución, la ética institucional, etc. Ciertamente, evitemos el mal entendido, se trata de temas que ameritan ser tratados. Inútil dejarlos en barbecho esperando el regreso de la gran teoría. Pero, en cambio, el peligro es hacer nada más que lo efectivo, incluso periodismo de investigación. O de ver en lo cuantitativo una aparente aproximación entre lo psicológico y lo sociológico. Sin embargo, los unos y los otros arriesgan la decepción. Pues los psicólogos se alejan rápidamente de las cuestiones sociales para volverse (a veces ingenuamente), bajo el dominio de un modelo dominante de la ciencia, hacia las neurociencias cognitivas vía la psiconeurología, la psicofisiología y el cognitivismo. En suma, es una confusión. Todos se mueven y todos se empujan, pero sin tocarse ni hablarse. La preocupación de *diferenciación* de los investigadores en relación

a las disciplinas vecinas permanece viva, pero la tentación de confrontarse a aquellas que no tienen el mismo objeto de estudio se transformó en la última evasión de moda. He aquí uno de los efectos perversos de la fascinación por el universo de la tecnología virtual.

El malestar en ciencias políticas

Las ciencias políticas no escapan al mismo síndrome. Este dominio, ayer ampliamente bajo la influencia de los grandes pensadores clásicos, se aproximó progresivamente a las ciencias sociales a través de un positivismo blando y la presencia de la metodología cuantitativa. Hoy día, los politólogos se encuentran embarcados en el mismo síndrome micro-teórico que las otras disciplinas.

En ruptura con la tradición filosófica, desde principios del siglo XX, las primeras manifestaciones de autonomía se expresan por una voluntad de autonomía a-teórica: los hechos, nada más que los hechos, pero todos los hechos. Hay una apelación enérgica a liberarse de las abstracciones. Por tanto, los antiguos trabajos de investigación tenían una gran capacidad de escribir en un todo la complejidad de los hechos. Pero, progresivamente, el marco se restringe y el pensamiento se fragmenta siguiendo los preceptos mismos de la ciencia: neutralidad, racionalidad, objetividad. El politólogo no es más un filósofo de la política. Lo que le permite demarcarse del empuje de una corriente behaviorista (vergonzosa), bajo la forma del análisis de los sondeos y de las estadísticas electorales que marcan esta reconversión cuantitativa.

Los estudios conducidos por H. Simon, recuerda Lowi (1992), son representativos de las tendencias que llevan el fenómeno de la burocracia a su más pequeña unidad, la decisión, para volverla racional en relación al sistema económico. Simon realiza esta vuelta de jugarreta por una apelación a la metodología cuantitativa. Así, probablemente son las mediadas, la formalización y la sistematización de los axiomas que vuelven plausible y

compatible la ciencia y la burocracia. Simon, sin duda ha hecho análisis inteligentes y ha puesto en evidencia como la “racionalidad limitada” es un concepto de amplitud general, pero justamente su límite más grande está en omitir la pasión. El mismo Lowi escribe: “yo no hablo de la pasión ideológica, siendo que no la rechazo, sino del placer de encontrar un modelo, la inspiración de un argumento bien hecho, la satisfacción de una buena conjetura, y la positividad de mejorar la perspectiva de la racionalidad en el comportamiento humano”.

Haciendo un recorrido digamos que las ciencias políticas devienen “institucionales”, hablando cada vez menos, curiosamente, de todo lo que constituye temas de importancia: la subjetividad, la historia, las pasiones, la nación, la memoria.

El malestar en las ciencias jurídicas

Lo que pasa en las ciencias jurídicas es un caso bastante curioso. El derecho es el resultado de una antigua línea de prácticas jurídicas, el proceso metodológico permanece apegado a la racionalidad de las encuestas y al discurso de la precisión de los argumentos, a fin de resolver los conflictos privados o públicos y de volver posible una toma de decisiones justas.

El magistrado fue durante mucho tiempo el maestro del arte del bien responder a la pregunta clave de la justicia: ¿cómo llegar a proponer un modo decisional justo y eficaz a lo largo del proceso jurídico? Es el *quod justum est*: garantizar a las partes el equilibrio en la toma de decisiones.

Después del derecho romano, y pasando por el derecho costumbrista y la tradición romántica, vendrá la elaboración de un código civil de justicia moderna, a fin de establecer un repertorio de figuras legales abstractas que fija un sistema normativo común. El derecho se transforma en ley en que el monopolio de la aplicación está reservado al Estado a través del aparato judicial. La ley así codificada absorbe los juicios y las sentencias dictadas por los magistrados. Existe, ciertamente,

la jurisprudencia, pero ello se practica en otro marco cultural.

El código judicial se transforma en el derecho y el derecho se enseña en la universidad según la codificación oficial. Es entonces por el código que las respuestas son visualizadas pues los jueces deben permanecer en el marco jurídico, incluso si las zonas oscuras, los silencios y las insuficiencias son importantes. La ley es la ley y el espíritu de la ley juega cada vez menos un rol decisivo. Estamos entonces en una reglamentación más técnica que sabia. Si la ley es el remedio instantáneo algunos ajustes hacen que nuevas leyes sean hechas precipitadamente. El resultado reenvía a una situación jurídica en que la ley es percibida como “biodegradable”, poco generalizable y en que la vida se hace cada vez más codificable. En síntesis, la ley se hace más particular, es decir “privada”. Y la relación entre la ley y el ciudadano se destruye progresivamente, y eso parece confirmar el aforismo: demasiadas leyes matan la ley.

La armonía buscada por el célebre Código Romano, a pesar de las fuertes reformulaciones positivistas, no resistió la influencia de las nuevas prácticas. Pues si el ritual permanece, los contenidos están sometidos a las exigencias técnicas de los nuevos tiempos. Eso introduce una situación de crisis cuyos efectos no son todavía estabilizados. Nosotros podemos ver ahí el síndrome de la especialización y de la inflación de los procedimientos jurídicos, lo que *mutatis mutandis* nos reenvía el síndrome de las microteorías que se extiende estos últimos años en el seno de las CSH.

El malestar en la historia

En fin, es la fabricación de la historia que es igualmente la víctima de la crisis de fragmentación del conocimiento. Un pensador de la historia, Miquel (1981), hace el diagnóstico siguiente: la reflexión sobre la gran historia ya tuvo su periodo de gloria. No hay más investigaciones cargadas de “larga” memoria y de lecciones sobre las instituciones, particularmente el rol del Estado,

con sus apuestas y sus prácticas, sus virtudes y sus secretos, sus reglas implícitas y explícitas, sus movimientos de ruptura y de continuidad. La voluntad de hacer de la historia una disciplina racional y objetiva se ha impuesto lentamente. El objetivo fue establecer procedimientos de investigación a partir de hechos menores y de encadenarlos a circunstancias, a fin de desembocar en interpretaciones cuantitativas.

No hay entonces más grandes síntesis.

La crítica de la historia con Marx y las diversas tendencias socialistas y anarquistas, tanto como aquellas de los liberales (por otras razones), volvían al Estado responsable de todos los males y de la presencia de zonas oscuras donde el poder se esconde. El peso de las estructuras (económicas e institucionales) deviene el mecanismo explicativo de los comportamientos sociales, en detrimento de una tradición subjetiva de las reglas morales, del destino o del azar. La historia metafísica cede lugar a la interpretación “científica” y a la búsqueda de un código de la historia.

Los historiadores, y particularmente aquellos de la política, a fin de desideologizar su reflexión, se esfuerzan con minuciosidad en disectar los hechos, incluso los resultados electorales, las listas de candidatos, los electores y los elegidos, los tipos de formaciones políticas en presencia, el número de cambios de gobierno y de ministerio, y de analizar con métodos cuantitativos los discursos. Lo esencial es acumular datos y si es posible transformarlos en cuadros comparativos, en síntesis cuantitativas a la ayuda de procedimientos estadísticos, a fin de levantar toda sospecha de metahistoria.

Pues, desde algunos años, un cierto cambio en esta tendencia parece esbozarse. ¿Se trata de un efecto mecánico de alternancia de los modos o de una profundización de la reflexión sobre el objeto del conocimiento histórico y sobre sus métodos? Difícil decir. Sin embargo, un hecho es innegable: el aumento de las publicaciones sobre la historia que retoman los aspectos subjetivos: los particu-

larismos, lo inmediato, las biografías y los lugares de memoria, los eventos. También una cierta tendencia a rehabilitar otros autores olvidados, o casi, esboza una tendencia más subjetiva. Lo que podría relacionarse con la observación de Marc Bloch cuando afirma que “el curso de los eventos está zanjado, en último análisis, por la psicología de los hombres”. Esto es un retorno a las fuentes de la caldera epistemológica y una manera de restablecer el puente entre las dos riberas del conocimiento: el lado subjetivo y emocional y el lado racional y objetivo. Volveremos al final de este texto para clarificar y reconocer la deuda de las CHS respecto del conocimiento histórico.

¿Podemos imaginarnos la recomposición del mosaico epistemológico en CHS?

Si el pensamiento cognitivista moderno plantea problemas, es porque la producción de un conocimiento fragmentado reenvía a una hiperespecialización sin apegos comunes y a la creación de un universo abismal. Así, la práctica de la ciencia, a fuerza de escuchar a sus investigadores y sus micro-teorías, llegó a un punto de no retorno epistemológico: el principio de la acumulación del conocimiento está roto. La proliferación de las micro-realidades virtuales demanda, a su vez, otras explicaciones virtuales. De ahí un proceso de desarrollo exponencial de las cosas que corre el riesgo de anular la razón del conocimiento positivo en sí misma. Hay así una suerte de partenogénesis teórica y tecnológica, cuya utilidad no es más social.

Por otro lado, la atomización de los conocimientos y la hibridación de sus objetos plantea un problema suplementario: la especialización de las disciplinas impone cada vez más un aprendizaje *ad hoc*, lo que las aleja insensiblemente las unas de las otras, comprendiendo el interior de una misma disciplina. Aprender se tornó volverse experto de una parcela de conocimientos sin continuidad epistemológica ni marco histórico. Pues el vivero de las tecnologías (incluso de las ideologías loca-

listas) separa por un mecanismo pragmático todas las preguntas epistemológicas molestas.

Así, progresivamente, en los cursos (la psicología es un ejemplo), los profesores son empujados a borrar la continuidad histórico-epistemológica de los conocimientos comunes para permitir que aparezcan solo los presupuestos que justifican la importancia (supuesta) de las micro-teorías de moda. La enseñanza –el syllabus de la disciplina– se transforma en una sucesión de exposiciones en torno a los resultados (generalmente experimentales), a fin de ilustrar las premisas de las micro-teorías y denunciar los problemas (virtuales) que ellas plantean para alimentar otras experimentaciones y así sucesivamente.

En consecuencia, el principio pedagógico se encuentra en una circularidad cuya única salida es perseguir nuevas experiencias. La articulación con los problemas al origen de la investigación y las preguntas fundadoras, pasa a un nivel de expectativa. Raros son los temas transversales que llevan a la historia, a la problemática de un punto común y a las preguntas de la cultura general. Es el espiral que lleva a la torre de marfil de la ciencia por la ciencia. Raros son también los cursos de historia de la disciplina, e inexistentes las orientaciones generales del mundo extra-científico.

¿Por qué enseñar tal o cual disciplina, subrayar tal o cual problema, levantar una pregunta en vez de otra?, son interrogantes que no parecen inquietar a los medios académicos. Pues la razón técnica se impone *per se*. Nada de sorprendente cuando se sabe que la mayoría de los universitarios no se sienten concernidos por la pasión epistemológica, ni menos por la cuestión política. ¿Demasiado escaldados? ¿Demasiado conformistas? ¿Demasiado neutros? No, simplemente, sobre todo la nueva generación, está demasiado sumergida en una cultura técnica, que se transforma en un contrasentido para la cultura clásica de la ciencia en sí misma. En consecuencia, la fragmentación y la especialización no son el resultado de los efectos perversos e inesperados del método científico “experimental y

cuantitativo”, sino, fundamentalmente, el producto de una lenta erosión de una cultura como acumulación de un conocimiento paciente, apasionado y lúcido para tener una visión global del mundo en respuesta a preguntas morales más que materiales. He ahí el verdadero rostro de la deculturación. El precio a pagar por una modernización acelerada y vertiginosa, empujada por el progreso técnico y la razón práctica, en la que la necesidad de memoria cultural se debilita y el espíritu crítico se bota al basurero de las cosas inútiles.

Me parece útil insistir sobre una perogrullada: las aproximaciones metodológicas no son ni neutras, ni ofensivas, pues ellas sobredeterminan los modos de pensar la realidad y la pertinencia de la función teórica. Es la conclusión a la cual llega Eric Voegelin (2000) en los años 50, cuando escribe: “Asumir el método como criterio de la ciencia, es suprimir la pertinencia teórica. En consecuencia, todos los enunciados que concierne los hechos serán promovidos a la dignidad de ciencia, independientemente de su pertinencia, serán el resultado de una utilización correcta del método. Siendo infinito el océano de hechos, una expansión prodigiosa de la ciencia, en el sentido sociológico, deviene posible, lo que ocupa a los técnicos científicos y conduce a una acumulación extraordinaria de los conocimientos no pertinentes por intermedio de monstruosos “proyectos de investigación”, cuya característica más interesante es el gasto comprometido en su producción”.

He aquí, a granel, puntos de vista personales sobre ciertas tensiones o apuestas epistemológicas en el seno de las CSH, pensamos que reexaminar y clarificar a la luz de la crisis contemporánea, su amplitud y su límite esperando un nuevo marco heurístico, es indispensable a fin de identificar las especificidades de CSH y de sobrepasar resueltamente los menosprecios de los que ha sido objeto. Indudablemente, las opiniones aquí propuestas bajo la forma de notas precipitadas, no son más que deseos (en ningún caso piadosos) para reabrir el debate y empujar el diálogo, a fin de dar vuelta la tendencia que hace del *instrumentum* científico

una finalidad en sí y la sola fuente de conocimientos posibles.

Referencias Bibliográficas

- Arendt H. (1972): *La crise de la culture*. Seuil. París.
- Caillé A. (1993): *La démission des clercs. La découverte*. Paris.
- Dubet F. et Martuccelli D. (1998): *Dans quelle société vivons nous?* Seuil.
- Fayerebend P. (1997): *Contre la methode*. Seuil. París.
- Foucault, M. (2001). “L’herméneutique du sujet. Cours du collège de France 1981-1982”. Paris. Gallimard.
- Freitag M (1995). *Le naufrage de l’Université et autres essais d’épistémologie politique*. La découverte. Paris.
- Jalley E. (2004): *La crise de la psychologie a l’Université en France*. Paris. L’Harmattan Latour B. (1991): *Nous n’avons jamais été des modernes*. La découverte. Paris.
- Lepénies W. (1990): *Les trois cultures*. Ed. MSH. Paris.
- Levy Leblon J.M. (1984): *L’esprit de sel*. Seuil. París.
- Lowi T.J. (1992): *The state in political science: how we become what we study*. American political science review. Vol.86, n° 1, 1-7.
- Miquel P. (1981): *Lettre ouverte aux bradeurs de l’histoire*. A. Michel. Paris.
- Monnerot J. (1946): *Les faits sociaux ne sont pas des choses*. Gallimard. Paris.
- Thomas W.I. et Znaniecki F. (1920- 1958): *The polish peasant in Europe and in America*. Dover. N.York.
- Voegelin E. (2000): *La nouvelle science politique*. Seuil. Paris.
- Weber M. (1924/1971): *Economie et société*. Pion. Paris.